

Capítulo 30 - - (Un Rescate Bastante Pobre) - Una Guía Práctica sobre Hechicería [Libros 1-4, Actualización del 3 de Julio]

Siobhan

Día 28, mes 11, sábado, 4:30 a.m.

Sebastián se enderezó bruscamente antes de que pudiera detenerse, pero luego se quedó paralizado, abriendo la boca para respirar, de modo que sus jadeos de pánico fueran menos audibles.

Se deslizó de la cama, apoyando los pies en el frío suelo de piedra con movimientos cuidadosos y deliberados. Al girar hacia la cama, pronunció el hechizo para desintegrar los restos de cabello caídos u otras huellas en su cuerpo. En ese momento, habría sido el peor momento posible para descuidar esa medida de seguridad.

"¿Cómo me encontraron?", se preguntó frenéticamente. Sin embargo, esa respuesta no era lo más importante en ese instante. "Debo escapar."

Se dirigió al arcón en la esquina del pie de la cama y sacó sus pertenencias, la mayoría de las cuales mantenía organizadas en sus bolsas de equipaje, por lo que requerían muy poca preparación para recogerse y partir rápidamente.

Vestirse lo más rápido posible, colgó su mochila escolar sobre el hombro y salió sigilosamente de la habitación, llevando tanto sus botas como su equipaje. Se puso sus botas en cuanto alcanzó el pasillo, luego levantó una bolsa en cada brazo y salió apresuradamente del edificio de las residencias. Afuera, el viento había aumentado, disipando la niebla nocturna y azotando su cabello en su rostro.

Su ficha estudiantil rebotaba contra su pecho junto a su medallón protegido y el amuleto de transmutación. "¿Debería deshacerme de la ficha? Podrían rastrearla", decidió deshacerse de ella una vez que hubiera salido del recinto. Sería más rápido bajar por los tubos, pero no quería hacerlo sin algo que frenara su descenso, no otra vez, y necesitaba la ficha para que el sistema mágico del tubo la reconociera.

Estaba jadeando cuando llegó a los tubos de cristal, pero el entrenamiento en Magia Defensiva de Fekten fortaleció sus reservas de energía física, por lo que no se detuvo. Primero, colocó sus bolsas, y luego sus piernas, y se lanzó en marcha.

Solo entonces tuvo el horrible pensamiento de que su ficha estudiantil podría haber sido comprometida, y los tubos podrían atraparla hasta que las autoridades llegaran—aunque no sabía si eso era realmente posible. Para su gran alivio, los tubos funcionaron con normalidad, simplemente dejándola y a su equipaje en la superficie elástica de abajo.

Agarró ambas bolsas y luchaba por levantarse del tapete absorbente hacia la calle cuando el sonido de cascos de caballo atravesando el viento la sorprendió. Soltó la bolsa más grande, aquella con su ropa y objetos menos importantes, y giró para correr, cuando la familiar voz de Dryden gritó: "¡Soy yo! Súbete al caballo, es una emergencia."

Dejó de correr y se giró al ver cómo él acercaba el jinete jadeante junto a ella.

Sus ojos iban y venían entre la bolsa en sus brazos y la que había dejado caer. "Aún no te han descubierto, pero no tuve otra manera de llamarte la atención. Esconde tus bolsas en un lugar donde nadie las encuentre y súbete detrás de mí. No hay tiempo que perder, vidas en juego."

Su voz apremiante y baja atravesó la neblina de pánico en su mente. Corrió de regreso, levantó la bolsa que había soltado, y encontró una caja de madera medio rota en un callejón cercano para esconder sus cosas debajo. También se quitó la ficha estudiantil, solo por seguridad, dejando solo su mochila escolar y su ropa en el cuerpo. "¿Qué está pasando?", preguntó, jadeando mientras se subía tras él en el caballo. Este estaba con silla, lo que lo hacía menos cómodo.

"Los Morrows atacaron un edificio mío, abajo en la colina. Los trabajadores estaban adentro, en un turno temprano. Mi gente llamó a uno de los equipos de respuesta de emergencia, pero los Morrows estaban preparados para eso," dijo, privando al pobre caballo de su carga. Le arrojó un fardo de tela de vuelta. "Cúbrete con tu capa y cambia de forma. Los Morrows intentan derribar el edificio en medio de los gritos de los trabajadores. Tenemos heridos, quizás muertos, y el equipo de emergencia no puede entrar para ayudar. Los otros dos equipos están siendo despertados de sus casas, pero quizás sea demasiado tarde cuando lleguen. Katerin me mandó un mensaje, y activé tu amparo de inmediato. Espero que puedas perdonarme por el susto."

Ella se echó la capa bordada en rojo sobre los hombros, bajó la capucha y presionó una mano sobre el pecho para mantener el artefacto robado contra la piel. Un cosquilleo recorrió su cuerpo, y su piel se oscureció como el rubor de una rosa del desierto. "¿Por qué activaste mi amparo? ¿Qué crees que puedo hacer ante esto?" La voz vieja le sonó casi sorprendida, y aferró la cintura de Dryden para mantenerse firme, mientras los músculos del caballo ondulaban debajo de ella. Sus cascos retumbaban sobre la piedra, distorsionados por el viento, y las sombras apenas se

apartaban ante los faroles cada vez más escasos.

“Katerin y los equipos de refuerzo están siendo deliberadamente retardados. No tengo otras opciones. Ellos cuentan con magos, Siobhan. Y tú sabes cómo sanar.”

Ella quedó boquiabierta ante la nuca de él. “¿Qué? Te dije, ¡no sé nada de magia de combate! ¡Y solo puedo curar heridas leves! ¡Serías mejor transportando a los heridos a un sanador!”

“Yo lucharé. Temo que sea demasiado tarde para llegar a los sanadores, especialmente si no podemos romper el asedio de los Morrows rápidamente.” Giró ligeramente la cabeza, para verla por el rabillo del ojo. “Los trabajadores son inocentes, Siobhan. Necesitan ayuda desesperadamente. ¿No intentarás al menos? Te pagaré.” Su voz se quebró un poco en esas últimas palabras.

Un cosquilleo le recorrió la espina dorsal, y sus músculos de la espalda se tensaron con demasiada fuerza para su confort. Pensó en negarse, exigirle que se detuviera y que la dejara regresar a la Universidad, pero las palabras no llegaron a salir de su boca. ‘Ya voy hacia allá,’ pensó con una resignación seca. La memoria le recordó el momento en que presionó su pulgar ensangrentado contra el acuerdo mágico con Katerin. ‘Y no puedo rehusar el pago en favores, a menos que sean moralmente reñidos. No si quiero enfrentar las consecuencias.’ La idea de liberar su sangre para que Katerin usara en su contra la hizo estremecerse, y no solo por el frío. Katerin era amable, pero en ningún modo blanda. Siobhan pertenecía a la Cornamenta Verde.

“Solo quiero que sepas, completamente consciente, de que no soy sanadora licenciada, y no solo estoy diciendo eso. No sé lo que hago. No debería ser la primera opción en una emergencia. Debería ser la última.”

“Lo eres.” Hizo una pausa. “No sé qué te imaginas, pero no tengo una sanadora secreta en la clandestinidad ni nada por el estilo. Cualquier sanador legal no acudirá a una pelea de pandillas aún en curso. Espero—espero que no te hagan falta. Y espero que si necesitas ayuda, puedas ser una solución provisional, para ganar justo suficiente tiempo hasta que pueda llegar un sanador de verdad. Respuesta de emergencia, ¿verdad?”

“¿Qué dice eso de mí, que me sumerja en esto cuando un verdadero sanador se negaría?” Sin embargo, ella no le pidió que retrocediera ni que la dejara.

Para cuando llegaron, los vientos gélidos, ahora portadores del aroma a relámpago mezclado con un toque de estiércol, eran lo suficientemente fuertes para distorsionar los sonidos de la pelea. A pesar de ello, Siobhan pudo ver un resplandor que pulsaba artificialmente a varias calles de distancia, lo bastante lejos para que desaceleraran el caballo.

Dryden sacó una varita de batalla de su interior, debajo del chaleco, y bajaron del caballo. La condujo hacia la acera, atándola suelto a un poste frente a un edificio. Luego, se pegó al costado de las construcciones y se acercó al brillo de la magia y los gritos.

Siobhan se aseguró de que su capucha cubriera completamente su rostro y la siguió. Cuando llegaron a la esquina, se agachó, mirando hacia la calle transversal.

La nave en ataque se encontraba al otro lado de la calle, a su lado izquierdo y a aproximadamente una cuadra de distancia. Tenía grandes ventanales con múltiples paneles a lo largo de sus tres lados visibles, muchos de los cuales estaban rotos, y las cristales de luz que brillaban en su interior mostraban una barricada que los trabajadores seguramente habían levantado para protegerse de los hechizos.

Todo el edificio vibraba, cualquier hechizo que causara ese efecto palpitaba como una ola en el océano. Mientras observaba, se quebraron más ventanas, dejando caer sus vidrios y rompiéndose al suelo.

En la calle delante de la nave, cuatro personas, cuyos hombros lucían los vibrantes cuernos verdes del Cérvido Verde, estaban agazapadas tras otra barrera improvisada. Era una masa de barro vertido que, al entrar en contacto con el aire, se expandía y endurecía, sirviendo como muro de emergencia en situaciones como esta. Uno de los integrantes yacía en el suelo, gimiendo de dolor y aferrándose a su pierna, mientras los otros tres de vez en cuando asomaban la cabeza y disparaban hacia la calle.

Su objetivo, casi en línea recta frente a la nave, era un grupo de siete personas, cada una con una bandana roja alrededor del cuello o en el brazo. Tenían su propia barrera, una media cúpula luminosa que surgía de siete objetos en forma de ladrillo colocados en el suelo alrededor del grupo.

Un borde de esa barrera luminosa tocaba la esquina de la nave y uno de ellos se agazapaba en ese extremo, lanzando el hechizo que sacudía la estructura desde sus cimientos. El sonido de truenos soterrados, metal tembloroso y vidrios rompiéndose aumentaba conforme el hechicero seguía lanzando su magia.

La barrera de los Morrows absorbía los hechizos entrantes, permitiendo que los de dentro salieran, lo que les otorgaba una ventaja clara en cantidad y poder. Algunos de ellos también portaban varitas de batalla, que utilizaban para disparar al equipo de respuesta rápida en cuanto tenían oportunidad. Los magos, que muchas veces no eran verdaderos hechiceros, sino que usaban artefactos y herramientas para realizar sus encantamientos, solían ser despreciados, pero podían ser tan peligrosos como cualquier otro taumaturgo.

Dryden retiró la cabeza de la esquina y se volvió hacia ella. "La barrera. ¿Qué sabes de ella? ¿Puedes desmontarla?"

Ella negó con la cabeza. "No soy experta, pero las barreras de hechizos siempre tienen una debilidad. Están diseñadas para bloquear hechizos específicos, por lo que siempre hay algo que puede atravesarlas. O bien, puedes dañarlas con fuerza bruta, o usar un contrahechizo específico para romperla. El problema es que no conozco el contrahechizo, y dudo mucho tener suficiente poder para forzarla con violencia, especialmente sin acercarme lo suficiente para tocarla."

"¿Y un hechizo capaz de atravesarlo? ¿Uno que no haya sido creado para bloquearlo?"

Siobhan pensó frenéticamente, recorriendo su repertorio de conocimientos. Sabía más que la última vez que estuvo en una situación tan desesperada, intentando escapar de los policías que la perseguían, pero aún no dominaba la magia de combate, y su reservorio de hechizos no había

crecido mucho, aunque sí disponía de una base más sólida. Todo lo que le venía a la mente eran los hechizos que había estado practicando constantemente para el profesor Lacer.

La idea la atrapó. Volvió a asomar la cabeza, observando cómo el viento empujaba escombros por encima de las losas de piedra. Retrajo la cabeza y miró a su alrededor. “¿Hay alguna forma de llegar a la azotea desde aquí?”

“Creo que hay una en la callejón cerca de aquí. Lo comprobaré.” Dryden se levantó y corrió de vuelta por donde habían venido.

Mientras tanto, Siobhan clavó sus uñas en el enmarcado de madera que dividía la ventana más cercana en pequeños paneles. Se rompió un par de uñas, pero también logró romper la madera, alcanzando el cristal que contenía. Con cuidado, tanteó y extrajo el panel de sujeción, dejándolo en el suelo y sacando un pastel de óleo de un bolsillo. Dibujó un Círculo y los glifos de “línea,” “movimiento,” y “círculo” en el cristal.

Luego, dibujó más de una docena de Círculos en los otros paneles de la ventana, cada uno con un pentágono, y también inscripciones para “fuerza,” “compresión,” y “esfera.” En una caja de su bolso, tomó una linterna pequeña de aceite, que había resultado muy útil en varias ocasiones a lo largo de los años cuando el clima no favorecía una llama abierta. La matriz de hechizos para encender la mecha estaba tallada en la parte inferior de la linterna, y una vez sacó su Conducto del bolsillo del chaleco, solo necesitaba un pequeño impulso de Voluntad.

Dryden regresó, cayendo a su paso junto a ella. “Hay un edificio viejo a una cuadra al este con una escalera en la parte trasera. ¿Servirá eso?”

“Siempre que esté lo suficientemente cerca para poder apuntar a los Morrow desde allí. Ahora, cállate. Necesito concentrarme.” Con la energía de la linterna, que sostuvo hacia los Círculos dibujados en el cristal, rompió cada panel en una forma esférica irregular con aristas cortantes y jagged. La ruptura nítida y el crujido quebradizo fueron lo suficientemente fuertes como para superar por un momento el aullido del viento. Un pequeño chorrito de miel ayudó a mantener sus formas.

Giró el primer panel de cristal, aún entero, al revés, cuidando de no manchar el Círculo. Mezcló más miel con zumo de adhel y lo untó en la palma de su mano izquierda, formando una capa pegajosa y sólida. Presionó esa mano contra el cristal, contenta cuando quedó adherido sin esfuerzo.

Ahora, con una matriz de hechizos portátil, sostuvo su mano izquierda sobre las esferas de cristal roto y activó la matriz dibujada en el panel. Cuando levantó la mano, tanto el cristal como las esferas quedaron elevadas. Sostuvo el panel como una camarera que lleva una bandeja con comida, se puso de pie y guardó el resto de sus potes con la mano libre. “Muy bien. Muéstrame el camino.”

Subir la escalera con una sola mano resultó mucho más difícil de lo que había imaginado, y tuvo que mantener su Conducto en la boca y enganchar el peldaño siguiente con la barbilla varias veces mientras soltaba la presión con la mano libre. Cada ráfaga de viento aceleraba su corazón, y

recordó con retraso que no tenía mucho amor por las alturas, pero en ese momento ya era demasiado tarde para rendirse.

La escalera terminaba en el tejado, que albergaba una estructura en forma de glorieta que, en otro tiempo, probablemente contenía una campana, pero ahora se encontraba vacía. El viento era aún más fuerte en lo alto, tirando de ella como pequeños dedos ansiosos mientras intentaba navegar por la empinada superficie cubierta de tejas.

Dryden rodeó su cintura con un brazo para ayudar a estabilizarla, pero terminó casi llevándola en brazos mientras trepaban y se protegían dentro de la torre de la campana vacía.

Desde el interior, vio que las escaleras de piedra que descendían hacia el interior del edificio estaban medio rotas y desplomadas, aspecto que probablemente fue la razón de la existencia de la escalera en primer lugar. Con cuidado, se apartó de la abertura en las escaleras rotas y miró hacia la calle abajo desde el lado más alejado.

Un relámpago iluminó el cielo, tan brillante que el mundo entero pareció como en pleno día durante un instante. El trueno le siguió de cerca, retumbando en sus oídos.

Dryden metió la mano en su capa y sacó una máscara. Era lisa y blanca, con dos orificios redondos para los ojos. Al colocársela, ocurrió algo, una especie de oscuridad que se filtraba por los bordes en elegantes tentáculos, asentándose detrás de los ojos vacíos, ocultando al hombre bajo ellas.

Siobhan no pudo evitar sonreír. “Impresionante.”

Él le hizo un gesto con la mano, con un leve adorno en el movimiento. “Por favor, hechicera. Déjame superar tu exhibición.” Volvió la cabeza con significado hacia los Morrow que estaban abajo.

La mayor parte del vidrio había caído de las ventanas del almacén para ese momento, y las paredes crujían bajo la presión de las vibraciones que el lanzador de Morrow estaba generando. Un hombre gritaba en el interior del edificio, y Siobhan supo que no había tiempo que perder.

Deposó su Conducto en la palma de la mano, eligió una de las bolas adheridas al cristal de la ventana y la llevó al centro. Desearía tener un núcleo de bestia para extraer energía, pero solo pudo tomar su linterna, que había metido apresuradamente en un bolsillo, y sostenerla dentro de la esfera de influencia creada por el Círculo.

Su mano también estaba dentro de esa esfera de influencia, y se recordó a sí misma con cierto temor de no congelarse las manos por completo.

Había practicado este hechizo durante muchas horas, hasta poder realizarlo con los ojos cerrados y en un instante. Solo era un poco más difícil ahora, con la adrenalina corriendo por su cuerpo y el viento azotando con tanta fuerza que tuvo que agacharse ligeramente para no ser derribada. Le tomó unos segundos hacer que la bola de cristal girara a tanta velocidad que sus bordes irregulares chillaban contra la ventana debajo. Era fácil, con una bola tan pequeña y sin arena que la ralentizara. La parte más difícil era mantenerla en su lugar, evitando que saliera disparada por la

fuerza de su velocidad.

El hechizo, en su configuración, brilló tenuemente a medida que vertía más energía, aunque no era totalmente eficiente a pesar de toda su práctica. La palabra era demasiado simple.

Cuando soltó la bola, esta avanzó más rápido de lo que podía ver, explotando contra el suelo justo al lado de la barrera de los Morrow.

Fragmentos de cristal pequeño salieron disparados en todas direcciones, y el miembro de la banda más cercano a la explosión gritó y retrocedió tambaleándose. La barrera no bloqueaba objetos sólidos, como Siobhan había notado al observar cómo las hojas y los escombros que el viento enviaba calle abajo entraban y salían sin problema.

Siobhan frunció el ceño. "Ajustar la puntería es más difícil de lo que pensaba."

El equipo de respuesta de emergencia, que estaba a su derecha en ese momento, aprovechó la oportunidad para lanzar sus propios conjuros.

Siobhan encendió su próximo disparo y consiguió dirigirlo hacia la esfera de barrera. Una vez más, el cristal golpeó la calle y explotó hacia afuera.

Uno de los Morrrows giró en su dirección, pero no levantó la vista hasta que un nuevo relámpago iluminó la calle. Entonces, señaló hacia arriba a Siobhan y Dryden con un grito a sus compañeros.

El hechicero Morrow que se agachaba al borde del grupo se volvió a mirar y gritó a sus colegas: «¡Manténganla alejada de mí!»

Siobhan ya estaba girando otra bola de cristal. La secuencia se repitió. Un breve destello de su conjunto de hechizos, suficiente velocidad para comenzar un chillido que ni siquiera el viento podía enmascarar, y liberación.

El hombre que los había señalado cayó, rasguñándose dramáticamente en el abdomen.

Había logrado pegarle mayormente por suerte, ya que el viento había cambiado ligeramente el ángulo de su disparo. Para cuando empezó a gritar, ella ya había disparado otra vez. «¿Cuánto falta para que lleguen los equipos de refuerzo?» gritó para hacerse oír sobre el viento.

«Katerin está en ello», gritó Dryden en respuesta. «¡Llegarán pronto!» Ajustó los controles de la vara de combate que aún sostenía, luego se inclinó hacia adelante y lanzó una explosión concusiva, apuntando al suelo en el borde de la barrera en lugar de directamente hacia ella. Apenas agrietó los adoquines, pero fue suficiente para que un par de sus oponentes pestañearan y tropezaran, por lo que lo repitió.

«¿Pronto?» repitió Siobhan con poca satisfacción, mirando a través de las ventanas rotas del almacén, intentando ver a los trabajadores desde su mejor posición. Más allá de la barrera de cajas y bolsas que parecían contener tierra, vio a cuatro personas escondidas. Tenían algunas heridas leves, pero habían vendado las más graves con tiras de ropa desgarrada.

A su lado, desde el borde derecho del edificio más cercano a la calle, la cabeza de otro trabajador apareció y luego se escondió rápidamente, pero la mujer fue lo bastante visible para que Siobhan captara su expresión de miedo y la sangre manchada en su mejilla.

Se escuchó un fuerte crujido, el sonido de un impacto, y luego una parte del techo del almacén se desplomó y cayó hacia adentro. Los gritos desde adentro casi quedaron ahogados por el estruendo del colapso parcial del edificio.

Los hombros de Siobhan se enderezaron en respuesta. Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y tragó un incómodo trago de aire. «Supongo que será mejor que termine esto ella misma, y pronto», susurró, sabiendo que sus palabras no serían audibles.

Disparó otra vez, alcanzando a uno de los Morrows que intentaba proteger a la hechicera femenina. «Dos caídos», dijo.

Uno de los Morrows lanzó un rayo de color naranja brillante que salió disparado por su varita directo hacia ella. Tropezó para evitar el hechizo y, por un momento, pensó que la iba a impactar, pero en cambio, impactó en la piedra del techo de la torre de campana detrás de ella con un chisporroteo y un silbido de calor.

Se detuvo un momento, con el corazón latiendo tan fuerte que podía sentirlo empujar contra sus costillas. El medallón de protección que su abuelo le había entregado estaba ligeramente frío contra su pecho, indicando que uno de los hechizos protectores había sido activado, probablemente cambiando la trayectoria del ataque justo lo suficiente para salvarla. Resistió la tentación de girar la cabeza y mirar a donde había impactado el hechizo. En su lugar, volvió a lanzar el hechizo de rotación de esfera y disparó el siguiente proyectil de cristal.

Dryden y Siobhan continuaron esquivando los hechizos que les lanzaban, aunque no sin momentos de peligro cercano. Ella casi rompió su conjunto de hechizos cuando se vio obligada a caer al suelo para evitar otro rayo naranja, pero salió con solo la respiración entrecortada. Su corazón palpitante la llevó más allá del mareo y hacia un estado de concentración en el que su percepción sensorial se expandía, en lugar de reducirse.

Ya faltándole munición cuando logró impactar directamente en el tercer Morrow, la bola de cristal rasgó su espinilla. Fue suficiente para derribar al hombre, y en ese momento, los tres magos que no habían sido alcanzados directamente perdieron cierta concentración en su fuego temerario. Uno de ellos sacó un cristal luminoso contenido en un farol con lentes y dirigió un intenso rayo de luz hacia la azotea.

—Eso en realidad es bastante inteligente —murmuró ella entrecerrando los ojos ante la luz—. Con mi visión empeorada, es menos probable que les dé.

En lugar de aprovechar la oportunidad para atacarla, dos de ellos se arrodillaron en el suelo y comenzaron a atender a sus compañeros heridos.

Vislumbra las salpicaduras de sangre extendiéndose sobre el adoquinado y tragó saliva con fuerza. Los fragmentos de cristal resultaron ser más efectivos de lo que imaginaba —o acaso, de lo que

pretendía. Dudó antes de lanzarlos nuevamente. Su puntería no era perfecta, y cuando el cristal estalló cerca del costado de la hechicera, Siobhan no supo si se sentía aliviada o decepcionada.

La mujer gritó y cayó de costado, aferrándose al brazo derecho.

Siobhan giró su última bola de cristal, esperando y vigilando. No quería desperdiciar su disparo final.

Los gritos de la mujer se silenciaron y ella se volvió para enfrentarse a Siobhan, dibujando torpemente un nuevo Círculo en el suelo con la mano izquierda. Presumiblemente, sería un amuleto para protegerse de los ataques de Siobhan.

No estaba segura si debía volver a apuntar a la hechicera para impedir que completara la nueva estructura, o disparar a alguna de las otras. La mujer solo podía mantener un hechizo a la vez, por lo que, mientras estuviera defendiendo contra una posible descarga, no podía continuar atacando el almacén.

Fue en ese momento cuando un ladrillo salió volando por una de las ventanas rotas del almacén y tocó en el hombro al miembro de la banda que sostenía la linterna. El hombre tropezó y cayó, soltando su varita. Otro ladrillo le siguió rápidamente, y los magos, incluyendo uno de los que ella había herido anteriormente, volvieron su atención hacia el almacén, mientras la hechicera dibujaba su hechizo en tiza cubierta de sangre.

Dryden gritó una advertencia a los trabajadores dentro, perdida en el aullido de la tormenta que se avecinaba.

Antes de que los Morrow pudieran contraatacar con los ladrillos, un rayo de luz atravesó la oscuridad a su izquierda, desde más arriba en la calle, atrayendo su atención.

La detonación provino de un tercer grupo de personas que corrían por la calle hacia ellos. En otro relámpago, Siobhan vislumbró entre los nuevos llegados el cabello rojo como la sangre y los cuernos verdes de un ciervo de los Vergor, sintiendo que sus rodillas flaqueaban de alivio.

Katerin había llegado con los refuerzos.

Revisión #1

Creado 27 junio 2026 00:13:43 por Edward Elric

Actualizado 27 junio 2026 00:13:46 por Edward Elric